

* * *

El Sindicato Musical de Bogotá llevó a cabo, a fines de año, un gran festival, presidido por el Ministro de Educación de Colombia, doctor Estrada Monsalve. El señor Embajador de Chile en aquel país pronunció unas palabras y leyó un cable de adhesión de la Orquesta Sinfónica de Chile, que fueron objeto de una entusiasta y calurosa ovación por parte de los músicos colombianos reunidos y del público asistente.

* * *

El Centro Musical de Puerto Varas ha ofrecido un concierto del Coro por él formado en la ciudad argentina de Bariloche, bajo la dirección del Rvdo. Padre José Weiss. El Coro, formado por sesenta voces mixtas, interpretó fragmentos del Oratorio «Cristo en el Monte de los Olivos», de Beethoven, canciones populares chilenas y argentinas y los himnos nacionales de ambos países. El concierto se ejecutó en el Teatro Central de Bariloche, el 24 de Noviembre. Asistieron, especialmente invitadas, las autoridades de la ciudad y el señor Cónsul de Chile. Un numeroso público agotó, con varios días de anticipación, todas las localidades disponibles.

CONCIERTOS

ESTRENO DE «LA LEYENDA DE JOSÉ» POR LA ESCUELA DE DANZA

Tras «Coppelia» y «Drosselbart», viene ahora a sumarse «La Leyenda de José» a los títulos que han jalonado la breve pero fructuosa existencia de la Escuela de Danza del Instituto de Extensión Musical. Como aquellos otros ballets que despertaron la atención de cuantos siguen con mirada comprensiva el desarrollo de nuestra vida musical, «La Leyenda de José» ha venido a decir otra vez, aunque en estilo y forma diferentes, que la Escuela de Danza que dirige Ernst Uthoff es una organización que honra nuestra cultura artística.

En «La Leyenda de José», ballet con coreografía de Ernst Uthoff, sobre libreto de Harry Kessler y Hugo von Hofmanstahl y música de Ricardo Strauss, los personajes de la tradición bíblica se encuentra unidos y, al mismo tiempo separados, por la existencia simultánea de dos mundos opuestos: el de la sensual corte de Putifar, y el representado por José, pastoril y aureolado de pura luz mística, que debe finalmente imponerse a aquél, derrumbándolo. Tal oposición sustenta el sucederse del episodio bíblico, en sí mismo muy breve, al que los argumentistas introdujeron modificaciones para hacerlo escénicamente apropiado, sin desviar el curso de las

ideas fundamentales que en él se encierran. El esplendor cortesano que rodea a Putifar y su mujer; el choque de este ambiente con la súbita presencia de José y, finalmente, el triunfo de la pureza encerrada en la figura del pastor adolescente sobre aquel mundo de vicio desenfrenado, plantea situaciones coreográficas que han sido resueltas con talento superior, y en las que los recursos de la escuela de baile seguida por Uthoff,—estilo de danza moderna en que la expresión dramática ocupa rol principalísimo,—tienen amplio campo para desarrollarse.

La música de «La leyenda de José», op. 61 en la obra de Strauss, siendo, como toda la suya, vigorosa y henchida de una orquestación de amplísima sonoridad, posee una muy despareja calidad de inspiración. A nuestro modo de ver, tal despliegue de orquestación no consigue en muchas ocasiones salvar la feble calidad de los temas empleados, muchos de los cuales suenan a verdaderos lugares comunes musicales, que demuelen el edificio suntuoso y policromo por su base, pues no existe proporción entre el ropaje y el sujeto musical envuelto por él. Sin embargo, la virtud principal de esta música es la bien lograda plasticidad de su lenguaje y su constante interés rítmico, todo lo que la hace muyailable y, consiguientemente, bien enlazada con el total del espectáculo.

Sobre esas bases, Ernst Uthoff, ideó una coreografía en la que, como dijimos, los puntos de vista sustentados por su escuela de baile se explayan de preferencia en moldes mímicos y dramáticos, antes que en figuras de danza tradicional. La intensa expresividad de sus personajes, entre los cuales la Mujer de Putifar centraliza el interés junto a la figura opuesta del joven José, deja margen, sin embargo, para que cada uno tenga su parte en aquel continuo cambiar de situaciones, y aquel bien logrado renovarse de grupos escénicos, en el que no cabe casi figuración aislada, sino en función de la idea o del movimiento general en que se encuadra. Hablando de los números de conjunto, primeramente, diremos que Uthoff ha tenido aquí aciertos formidables, como por ejemplo la Entrada de las Danzarinas Orientales, la Escena de los Luchadores y, sobre todo, aquel impresionante Cuadro de las Furias y las Plañideras que rodean a la mujer de Putifar, en la segunda parte. En estos cuadros, la visión coreográfica de alta alcurnia que posee Uthoff ha conseguido ya una fortísima sensación de realismo, o de refinada sensibilidad en otros, uniendo sabiamente el desplazarse de los grupos y la expresión contenida en los movimientos y en los rostros. En los números individuales,—si pudiera hablarse así en esta obra en que todo se funde y se desplaza sin cortes artificiales que dividan la acción,—cabe mencionar el rol de la Mujer de Putifar, a cargo de Lola Botka, estupenda realización en que el talento dramático de esta artista se manifiesta con profundidad y riqueza magistrales. En el rol del joven José, Luis Cáceres, joven danzarín que surge a la primera línea de entre los alumnos de la Escuela, demostró la depurada técnica de que es poseedor y la fina percepción de los matices de su complejo rol, todo él sintetizado en el trascurso del difícil y prolongado baile que debe desarrollar en el primer cuadro, en el que

obtuvo un señalado éxito. Rudolf Pescht, como Putifar; Blanche Hermansen, como Sulamita; Carmen Maira, en el Angel; José Verdugo, como Jefe de la Guardia; Alfonso Unanue, como el Scheik, y el numeroso grupo de bailarines y comparsas que fué necesario reunir, demostraron que este ballet contaba con el material humano capaz de realizarlo en forma que, sin duda, no desdeña comparación con los espectáculos de su género mejor presentados en los escenarios, no sólo del continente, sino de Europa.

El ballet tuvo, sin embargo, un elemento desfavorable y desproporcionado, en calidad, con el resto. Fué éste la decoración, encargada al escenógrafo del Teatro Colón de Buenos Aires, Rodolfo Franco, la que no mereció, al parecer, mayor atención a su diseñador, pues, aparte de no resolver el cambio de situación entre los dos cuadros de la obra, tenía un corte general muy poco digno del renombre escenográfico del autor y se acercaba peligrosamente a cualquier vulgar estampa egipcia, de las que suelen montarse para «Aída». Fué sensible, también, que el escenógrafo no pudiera asistir personalmente a la preparación y estreno de este ballet, como había prometido, pues seguramente habría podido repararse más de algún punto objetable. Su ausencia, provocó también dificultades en la aplicación de las luces, que según compromiso, también debía supervigilar. Por el contrario, los trajes, diseñados con todo acierto por Hedy Krassa, ambientaron con lujo de color y movilidad el desarrollo escénico, salvo uno que otro detalle de pureza cronológica que no fué observado debidamente.

La vigorosa batuta de Víctor Tevah, frente a la Orquesta Sinfónica de Chile, conjunto al que esta difícilísima partitura exigió una labor sumamente delicada, mantuvo el fundamento sonoro del espectáculo, con la vitalidad e interés que merecía. «La Leyenda de José» fué así otra realización enorgullecida para el plantel que dirige Uthoff y para la cultura toda de nuestro país.

En la serie de funciones que, con repetido éxito, siguieron a la de estreno, se destacaron en «La Leyenda de José», los bailarines Patricio Bunster, como José y Virginia Roncal, como Sulamita.

EL PIANISTA WILHEM BACKHAUS

Después de una ausencia de ocho años, volvió a presentarse entre nosotros el eminente pianista alemán Wilhem Backhaus. Este artista, sobre cuyos méritos es innecesario extenderse como quiera que ocupa un lugar de primer orden entre los intérpretes de categoría mundial, ofreció tres recitales, a fines de noviembre, uno de los cuales fué enteramente dedicado a sonatas de Beethoven.

Podemos decir con entera seguridad que el arte de Backhaus se mantiene en el mismo vigoroso estado en que se le apreciara en sus visitas anteriores, sin que los años transcurridos hayan menguado en nada importante lo fundamental de su extraordinario juego pianístico, la calidad de su sonido y la musicalidad refinada que se desprende de sus ejecuciones. Concedemos a los snobs y aprendices de Beck-

messer el que Backhaus—¡horror escandaloso, según ellos!—pueda haber tocado en algún pasaje una nota falsa, o que algún detalle de digitación no haya salido de sus manos en forma idealmente transparente. Sin embargo, aquellos a quienes el arbusto no permite ver el bosque en su amplitud, deberían recordar la Escritura, pues sobre todo en música, «el que tenga oídos que oiga». Si no se es un charlista superficial, es imposible dejar de reconocer que el arte de Backhaus está muy por sobre cualesquiera menudencias de digitación, pues su mensaje está contenido en el movimiento general de su interpretación, en su fraseo admirable, en la potencia lírica con que logra revivir las páginas entregadas a su interpretación.

Así, nos fué dado escucharle esa versión digna de antología dada a la Sonata «Los Adioses», cuya intensidad emotiva no fué óbice para que la trasparente Sonatina en sol mayor que la antecedió fuera ejecutada con entera valoración poética de su amable concepción melódica. El recital Beethoven ha sido, sin duda, una prueba formidable de la magnífica vitalidad de este artista y de que lo profundo de su arte nada tiene que ver con lo accesorio o lo circunstancial. De su segundo concierto recordamos su interpretación de la «Fantasía Wanderer» de Schubert y un grupo de Estudios de Chopin, obras que este artista supo animar con el imborrable sello de su estilo.

La visita de Backhaus ha sido una de las buenas oportunidades para apreciar a un músico a carta cabal, cuya actuación ojalá eduque, con la seriedad y sobriedad demostradas en ella, a quienes no saben todavía buscar en la música lo que hay más allá del mecanismo exterior; aquel mensaje profundo que sólo los artistas de verdad saben entregar a los públicos.

CONCIERTOS AL AIRE LIBRE

En el mes de Diciembre se inauguraron en el Parque Forestal frente a la Escuela de Bellas Artes, los conciertos sinfónicos al aire libre, una de las mejores iniciativas realizadas en favor de una más amplia difusión musical. De los cuatro conciertos ofrecidos, tres estuvieron bajo la responsabilidad de Víctor Tevah y uno a cargo del maestro Soro.

Los programas presentados contenían obras adecuadas a las condiciones acústicas del lugar, pues no es posible preparar obras de mayores exigencias, dado que todavía no se dispone de una instalación acústica portable, como existe en otros países en que se realizan temporadas de conciertos al aire libre. Por ello es sensible que en estos programas hayamos constatado cierta ausencia de obras de música moderna, que no habría ninguna razón para excluir a no ser por la dificultad para conseguir una audición homogénea. Creemos que ésta ha sido la razón fundamental, pues nos parece que ciertas obras contemporáneas, y particularmente las numerosas que se escriben para conciertos de este tipo en Estados Unidos y otros países, son un material muy a propósito para iniciar en el conocimiento de la música de hoy a muchos miles de auditores.

Una concurrencia numerosísima se dió cita en estas audiciones, particularmente en la última de ellas, que contó con la colaboración del Coro de la Universidad de Chile, a cuyo cargo estuvo la interpretación de diversos Villancicos de Navidad. En esta oportunidad Víctor Tevah dirigió la Quinta Sinfonía de Beethoven, que fué recibida con una formidable manifestación de aplauso.

En todos los conciertos, el profesor de la orquesta Juan Matteucci, comentó brevemente la personalidad de los autores y las obras que se ejecutaban.

AUDICION DE LA SOPRANO RUTH GONZALEZ

Como final de sus estudios de canto realizados en el Conservatorio Nacional de Música, en el curso de la profesora Consuelo de Guzmán, se presentó en la Facultad de Bellas Artes, el Miércoles 17 de Diciembre, la soprano Ruth González, de destacada actuación en nuestros medios artísticos y en diversas temporadas líricas.

De acuerdo con disposiciones reglamentarias, el programa presentado debía incluir obras de diversas épocas y estilos. Así, Ruth González cantó obras de Falconieri, Mozart, Mendelssohn, Schubert, Brahms, Wolf, Duparc y de los compositores chilenos Montecino, Santa Cruz y Amengual, finalizando con el «Vissi D'Arte» de «Tosca» de Puccini.

Esta joven cantante, cuya preparación profesional quedó de manifiesto en esta audición-examen, que le valió obtener la calificación máxima, acreditó su seria formación musical y la belleza y calidad de su voz, particularmente en los trozos de óperas de Mozart y en un hermosísimo fragmento del Oratorio «Elías» de Mendelssohn. Asimismo, en la parte dedicada a «lieder», recordamos su versión de «Du bist die Ruh» y de las obras de Wolf y Duparc. En la parte de música chilena ofreció una versión excelente de la hermosa composición de Santa Cruz, «La Lluvia Lenta», obra de las más logradas de este músico y que no se escucha frecuentemente, como también de uno de los «Otoñales» de Alfonso Montecinos y de «Carcia», de René Amengual.

Ruth González fué acompañada al piano por Diego García de Paredes, con entero dominio y responsabilidad de músico y ejecutante.

DANIEL QUIROGA N.